

Ambrosio Fornet o de la coherencia

 Arturo Arango

En las palabras introductorias a sus *Memorias insulares*, Ambrosio Fornet se muestra preocupado por el riesgo que corre al reunir esa “amalgama de propuestas ensayísticas y periodísticas”, esos textos “tan disímiles entre sí”, “este inclasificable repertorio de propuestas”, insiste. “¿A qué conjunto de inquietudes responden?”, se pregunta, “¿A qué público se dirigen?”. Como el excepcional editor que es, sabe que necesita dar a la totalidad “cierta coherencia temática y discursiva”, y la encuentra en las obsesiones o ideas recurrentes que lo han hecho volver, a lo largo de varias décadas, sobre asuntos a los que ha consagrado gran parte de su obra: “Ciertos rasgos de nuestra historia, los vínculos de nación e identidad, el movimiento editorial cubano y, desde luego, la relación de la cultura con el medio y viceversa”.

Ambrosio reconoce de manera explícita o implícita que su cosmovisión procede de su origen bayamés, de las lecturas que realizó en la adolescencia y la juventud, de sus experiencias en La Habana de las décadas de 1940 y 1950, de su paso por circuitos intelectuales y académicos de otros países del primer mundo (Estados Unidos y España), y toma forma definitiva luego de 1959, cuando regresa a Cuba.

Él fue de los intelectuales que profundizó y complejizó el pensamiento emancipador y descolonizador impulsado por el triunfo de la Revolución Cubana. Lo hizo de forma radical. Quiero decir con ello que se ha opuesto siempre a toda forma de colonialismo o neocolonialismo: tanto a las que provienen de la ideología imperialista estadounidense, como a las que llegaron, marcadas por el estalinismo soviético.

Su pensamiento tomó forma, además de en los ensayos, en su labor editorial. En una entrevista de agosto de 2019, Ambrosio vuelve a ese período fundacional, a las necesidades culturales, descolonizadoras, de los años sesenta: “¿teníamos realmente, como nación, una memoria colectiva? Habíamos sido engañados tantas veces que no quedaba más remedio que preguntarse, en caso de que creyéramos tenerla, ¿no sería una memoria adulterada? Y, en cualquier caso, la memoria compartida ¿nos daba un sentido real de pertenencia, de identidad cultural?”

Tuve el privilegio de que Ambrosio se convirtiera en mentor de un nutrido grupo de escritores y editores que nos iniciamos en la literatura a fines de los años setenta. Fue un magisterio ejercido desde la cercanía cómplice; jamás desde la distancia del púlpito.

Otras circunstancias, otras vueltas de la historia, nos han colocado de nuevo en días de incertidumbre y desconcierto. En la “Introducción” a *Narrar la nación*, Ambrosio califica la suya como una “generación que antes de cumplir los treinta años tuvo que encarar la difícil tarea de aprender a sobrevivir mientras asumía los dramáticos riesgos

de su apuesta al futuro». El Fernet que responde las preguntas de 2019 hace tiempo que sabe sobrevivir, e identifica los riesgos que enfrentamos: son esencialmente los mismos, colocados en circunstancias más difíciles. En esas respuestas nos llama a “no quedarnos con los brazos cruzados”. Y esa es otra de las claves de su pensamiento: concebir que la labor intelectual es una forma de acción, y que sin ella será imposible sostener la soberanía nacional y alcanzar la emancipación de las personas.